



1

CHIPRE

Por la mañana, temprano, cuando el resto de mujeres se hubieron marchado a misa, Edythe acudió a la ciudad conquistada.

El día era soleado y fresco, y el sol acababa de salir. Las calles estaban en silencio, vacías. Suponía que todos los lugareños habían huido al ver aparecer al ejército cruzado. Pero las mesnadas ya se habían marchado a las montañas, persiguiendo al rey chipriota, y la ciudad parecía muerta.

Subió y bajó las calles cubiertas por la basura que los ciudadanos habían dejado al huir: tinajas rotas, comida pisoteada... En una esquina había un carro con una rueda fuera del eje, con el arnés extendido frente a él como la vacía silueta de un caballo. No encontró ninguna señal de lo que estaba buscando.

Seguramente todos se habían ido y no encontraría a nadie. Pero entonces, por el rabillo del ojo, captó el movimiento de una ventana al cerrarse abruptamente a su paso. Junto al pozo había un cubo volcado, y su agua derramada se secaba sobre las piedras. Las moscas zumbaban por todas partes. Tras un alto muro cacareó un gallo. Allí aún quedaba gente.

Así que continuó paseando tranquilamente, balanceando su cesta; caminar sola la complacía. Durante los años en los que había vivido en la corte de la reina Leonor había estado encerrada, enjaulada, vigilada día y noche. En aquel momento, ir a donde deseara, y cuando le placiera, le parecía una delicia.

Se sentía ajena a aquella ciudad extranjera, blanca y silenciosa





bajo el sol matinal, pero con la despreocupada libertad que le proporcionaba estar lejos de casa. Mas entonces añoró Poitiers: el lugar que le era familiar, los rostros que conocía. La ciudad donde sabía cómo vivir. Su buen estado de ánimo se desplomó. De repente sintió lastima por la gente de aquella ciudad, que se había visto obligada a huir de su hogar.

«Pero nosotros somos cruzados —pensó—. Venimos por orden de Dios y todos deberían ayudarnos».

Se lo repitió a sí misma, inquieta.

«Soy parte de esta cruzada».

No estaba segura de que fuera cierto. Aun estaba intentando descubrir su lugar en todo aquello, pero ella no había elegido ir, y quizá eso marcaba la diferencia.

Al final de la siguiente calle, tras una hilera de barcos varados, el mar murmuraba al acariciar la orilla. Antes de llegar a la arena, Edythe tuvo que atravesar un mercado desierto. Aminoró el paso, aunque allí no había mercaderes ni nadie comprando. Estaba al servicio de la reina de Sicilia, Juana, y tanto ella como sus damas adoraban las pociones y los filtros, por lo que Edythe necesitaba miel, hierbas y vinagre. Había llevado con ella algunas cosas desde Sicilia, pero la tormenta había empapado y estropeado la mayor parte de sus reservas.

Aquella misma tormenta los había arrastrado hasta allí, Chipre, donde, tras el naufragio, tuvieron que pedir ayuda. Pero en lugar de concedérsela, el rey Isaac y sus hombres habían intentado apresar a la reina Juana para pedir un rescate. Así que los chipriotas se merecían lo que habían recibido: la ira de los cruzados.

Se preguntaba si ella también se merecía lo que había recibido.

Para merecer algo era necesario haber tenido posibilidad de elección, y ella había tenido poco que decir sobre todo aquello. Leonor nunca pedía el permiso de nadie. «Confío en vos, Edythe; cuidad de mis niños. Y mantenedme informada. Para ello podéis usar a los judíos, pues estos tienen contactos en todas





partes». Los niños eran Juana y su hermano, el rey Ricardo, ambos mayores que la propia Edythe, y, en ese momento, también la prometida del rey, la princesa Berenguela de Navarra. Pero, por supuesto, aún tenía que desposarse con ella.

Tras dictar su voluntad, la anciana reina volvió a la dulce y adorable Poitiers, y el rey Ricardo anunció que iba a llevarse con él, a la cruzada, a su hermana, a su futura esposa y a Edythe, y que debían hacer el equipaje y estar preparadas al amanecer.

Se dijo a sí misma que debía aceptar su papel, porque éste era, después de todo, un buen papel: la mayoría de las mujeres la envidiarían. Juana, la viuda reina de Sicilia, tenía tan buen corazón como la propia Leonor, y mantenía una agradable corte en un palacete conquistado, a pesar de estar tan lejos de casa. Edythe no se había sentido ofendida, aunque sí mezquina, cuando Leonor le pidió que ejerciera de espía, pero la búsqueda de un judío que enviara el mensaje abriría antiguas y profundas heridas en su interior, y Leonor debería haberlo sabido.

Se sentía culpable por pensar eso. Adoraba a Leonor, que la había salvado; se lo debía todo a la reina madre, y estaba dispuesta a sufrir un poco por su bien. Así que obedecería.

El sol se hizo más fuerte. El día sería caluroso. Había recorrido la pequeña ciudad al completo sin encontrar lo que estaba buscando. Tomó un sendero que se extendía más allá de los muros de las casas, pavimentado pero agrietado y cubierto de arena. Aquel camino terminaba en una muralla cubierta de hierba de apenas un par de bloques de piedra de grosor; a su derecha, la altura de la muralla aumentaba gradualmente al alejarse, escalando hacia el interior de la ciudad; pero a su izquierda menguaba como si los constructores hubieran perdido progresivamente el interés por su obra.

Más allá, un sendero se abría paso a través de la grisácea maleza. Los pájaros cantaban. Edythe pasó sobre las bajas piedras de la muralla y siguió el sendero.

El erosionado y sucio trazado se enroscaba alrededor de la verde ladera hacia el promontorio sobre la bahía. El aire, a me-





dida que subía, se hacía más cálido. Las golondrinas volaban, descendiendo sobre la maleza frente a ella. Un rebaño de cabras, con sus cencerros tintineando, exploraba la escarpada ladera.

Desde allí arriba pudo discernir, contra el cielo, un caos de formas, muros y troncos de árboles sin ramas entre la frondosa maleza que temblaba constantemente con el viento. Pasó junto a un bloque de piedra blanca en el que había una extraña escritura tallada en la superficie. Aminoró el paso, mirando a su alrededor y entendiendo las señales.

Aquellas eran las ruinas casi devoradas por la maleza de un antiguo poblado; los troncos sin ramas, todos en línea, eran en realidad columnas de mármol. Frente a ella, la maleza daba paso a un suelo de piedra, y unas enredaderas entrecruzaban los blancos peldaños que conducían a la parte superior.

Subió y, desde aquella altura, miró el amplio mar: una brillante superficie fruncida por pequeñas olas que se extendía hasta el brumoso horizonte. Abajo, el poblado se desplegaba a los pies de la colina como un revoltijo de cajas.

En el pasado la ciudad había estado allí arriba. Y había gente que seguía viviendo allí. Otro camino guiaba tierra adentro, pasando junto a más muros mal conservados. Huellas humanas y de animales enturbiaban el polvo. Pasó junto a un viejo edificio vacío y llegó hasta un grupo de casas.

Las cuatro viviendas formaban una hilera, y cada una de ellas compartía un muro con la siguiente. En cuanto las vio supo que aquello era lo que buscaba. Junto al poste derecho de la entrada estaba la pequeña caja que anunciaba que eran judíos. Reunió las palabras adecuadas en la antigua lengua, se acercó a la primera puerta, y llamó.

Nadie respondió, así que pasó a la siguiente. La embargaba un temor indescriptible, y su corazón latía con fuerza. Tenía la secreta esperanza de que nadie abriera y poder volver, encogerse de hombros y decir que había sido inútil. Entonces la puerta se abrió ligeramente.

Dijo las breves palabras que había memorizado.





—Paz para todos nosotros. Tengo que enviar un mensaje a un amigo de los judíos.

Buscó la carta en su cesta.

La puerta se abrió un poco más, y el criado que se ocultaba tras ella retrocedió. A su espalda había un hombre con un sobrio traje oscuro y un pequeño bonete sobre su cabello gris que pendía en tirabuzones bajo su barbuda mandíbula.

—Muy bien —dijo el hombre, y extendió la mano. Añadió algo más, preguntando en la antigua lengua quién era ella.

Edythe tartamudeó. Ya le había entregado la carta y estaba retrocediendo, pero la embargó la necesidad de acercarse a él, de pasar al interior, de estar en casa de nuevo. No obstante, eso era imposible. Aquella no era su casa y, de todos modos, no recordaba su idioma. Negó con la cabeza en respuesta. El hombre le dedicó una mirada perspicaz, como si la entendiera, pero cerró la puerta.

La chica se apresuró por el sendero de vuelta hacia la ciudad y, como un enjambre de avispas, sus recuerdos corrieron tras ella. Recordó la voz de su madre, cantando, y a su padre, que llevaba un pequeño bonete sobre su cabello oscuro y que había sido médico, como ella misma. Un médico mejor de lo que ella sería nunca. Echó a correr, sintiéndose perseguida, como si no fuera más que una niña pequeña con la ropa de una mujer. Recordó la fría y solitaria huida, lo atemorizada y hambrienta que había estado. Nadie la quería, y había terminado ante las puertas de la cautiva reina de Inglaterra, apretando la carta, temblando y llorando.

Recordó la luz de la lámpara, y la amable mano que la condujo al interior.

La suave voz que le dijo: «Olvidad. Olvidadlo todo. Ahora sois mía. Diremos que sois sajona, y que huisteis de un convento. Éste es vuestro nuevo nombre». Aquel nombre extranjero de anciana, una máscara deforme que la ocultaba.

Ante ella estaba el pequeño poblado y la corte donde enterraría todo aquello, donde enterraría los recuerdos. Aminoró el





paso y se recompuso. Lo olvidaría todo. Soportaría aquel nombre, sería Edythe. Seguiría adelante, adelante, y dejaría atrás el pasado para siempre.

Una gran multitud avanzaba a través de la puerta al principio de la calle principal, lanzando vítores y galopando sobre sus cansados caballos. Muchos ondeaban largos trozos de tela, estandartes y túnicas. Edythe tomó un callejón hacia el recinto de la reina, pero, cuando salió a la calle principal, los ruidosos jinetes le cortaron el paso; se escondió rápidamente en un umbral para evitar que la atropellaran.

Estaba atrapada. El ejército, blandiendo sus trofeos, se desbordó frente a ella. Buscó a tientas, a su espalda, el pomo de la puerta. Estaba cerrada. Los hombres aglomerados estaban empezando a fijarse en ella, y uno trató de agarrarla. Entonces, de repente, un caballo se detuvo a su lado.

Edythe retrocedió, en la esquina del umbral. Desde la silla la miraba un hombre grande con cota de malla. Con un atisbo de esperanza, se dio cuenta de que lo había visto antes, en la corte: era el primo de Juana, a quien todos llamaban *Rouquin* por su encrespado cabello pelirrojo.

El hombre la miró y dijo, alzando la voz sobre el alboroto:

—¿No sois una de las damas de Leonor? La médica. ¿Qué estáis haciendo sola aquí fuera? —Extendió el brazo hacia ella. Como Edythe no tomó su mano inmediatamente, continuó—: Daos prisa, maldita sea. Estoy rescatándoos.

Era consciente de que no tenía elección; agarró el antebrazo del hombre y éste la subió sin esfuerzo a la grupa del caballo. La chica se sentó de lado, como solían hacer las mujeres, y se aferró al arzón trasero de la silla con una mano y a la correa de la grupa del caballo con la otra. Rouquin espoleó al enorme caballo y se abrió paso a través de la agitada multitud.

Su respiración se acompasó. Después de todo, aquel hombre solo estaba intentando ayudarla.





A su alrededor, el resto de cruzados gritaban de alegría y ondeaban sus trofeos, y el caballo resopló y se abrió paso a empujones a través de ellos.

—¿Habéis luchado? —le preguntó Edythe.

El enorme hombre, vestido con la cota de malla, estaba de espaldas a ella. No tenía puesta la caperuza, y el escudo y el casco colgaban de sus arzones. Su cabello rojo se alzaba en picos.

—No demasiado —le contestó—. Los abatimos con una sola carga. Hemos hecho montones de prisioneros y hemos conseguido un buen botín. Nadie intentó oponerse a nosotros. Isaac se quitó del medio, menudo reyezuelo. Salir sola ha sido una estupidez. ¿Creéis que esto es Poitiers?

—Quería ver la ciudad.

El caballo tropezó con algo y se encabritó, y Edythe se deslizó lateralmente en la amplia grupa; se agarró con ambas manos, con fuerza, para mantenerse sobre el corcel.

—Aquí no hay nada que ver. Quedaos donde tenéis que estar.

Edythe apretó los dientes. Rouquin era tan áspero como la corteza de un árbol. Comenzaba a caerle mal.

—¿Hay algún herido? —le preguntó para cambiar de tema.

—No, todo pasó demasiado rápido. Juana debería vigilaros mejor. ¿Sabe que estabais aquí fuera, sola? —Le lanzó una mirada fulminante sobre el hombro. Tenía el rostro sucio, y una cicatriz atravesaba su mejilla sobre su escasa barba. Sus ojos eran de un color gris pizarra—. Os ha enviado Leonor, ¿no? Para espiar.

Edythe lo miró a los ojos, pensando que aquel hombre formaba parte de la familia y que, por tanto, estaba al corriente de sus tejemanejes.

—La reina me salvó la vida —le contestó, con tono majestuoso—. Yo solo hago lo que me pide.

El hombre miró al frente de nuevo. Por fin habían escapado del bullicio y estaban bajando por otro camino, entre un muro y un huerto.





—La reina madre no apoya la cruzada. Todo el mundo lo sabe.

—Es posible que Leonor esté en contra de la cruzada, pero no haría nada que dañara a Ricardo, ¿verdad? —Frente a ellos estaba la puerta delantera del salón, atestada de gente esperando para entrar—. Puedo seguir sola desde aquí.

La chica bajó del caballo.

—Acabo de deciros que no podéis ir por ahí vos sola.

Desde el suelo, Edythe se giró hacia él.

—Gracias.

—Haced lo que os he dicho. Quedaos dentro.

Edythe le sonrió.

—Gracias.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. A su espalda lo escuchó resoplar y alejarse a medio galope por el sendero.

—¿Habéis traído todo el botín? —le preguntó Juana—. ¿Dónde está Isaac?

El señor de Chipre, Isaac, había intentado hacerla prisionera; Juana quería verlo encadenado.

—Huyó en cuanto nos vio —Ricardo dio una patada al cofre del botín, que estaba en el centro de la habitación—. No es digno de una ciudad como Chipre. Creo que se la arrebataré.

Ricardo comenzó a caminar de un lado a otro, con una copa en la mano. Las batallas siempre lo impacientaban, y había vuelto de la última escupiendo órdenes. Necesitaba que el salón estuviera preparado, ahora; quería un trono, de inmediato; el arcón del botín debía situarse bajo el trono, que tenía que estar colocado sobre unos bloques que lo elevaran.

—Antes de que haya acabado con Isaac tendré dinero suficiente para pagar la cruzada al completo.

—He hablado con el obispo sobre tu boda con Berenguela. Podemos celebrarla mañana, en la pequeña iglesia local —dijo





Juana, mirándolo con los ojos entornados—. No puedes librarte de eso, ya lo sabes. La Cuaresma ha terminado, ya no hay más excusas.

—Oh —dijo Ricardo, y se giró para mirarla. La sobrepasaba en una cabeza, aunque su hermana también era alta, y era fuerte como un león. Su magnífico y desconcertante hermano. La puerta estaba cerrada, pero ambos podían oír a la gente del exterior, empujando con fuerza para entrar.

—Mi intención es casarme con ella. Su padre es el rey de Navarra; tiene un gran ejército sin guerras en las que combatir y está en una buena posición para ayudarme a luchar en las mías. Pero no habrá noche de bodas. Díselo.

—¿Qué? Entonces no llegarás a estar casado.

—Lo estaré lo suficiente. Yaceré en una cama con ella, pero me mantendré casto... La cruzada me exige castidad.

Juana elevó su copa; se dio cuenta de que estaba un poco ebria. Pero la primera parte de las órdenes de su madre parecía más fácil de llevar a cabo de lo que había esperado: después de todo, Ricardo se casaría con la chica.

—Castidad. Supongo que alguien tiene que ser el primero. Como dijo San Agustín.

—No intentes distraerme —dijo. Caminó hacia ella, dejó la copa sobre la mesa y puso su bota sobre el cofre del botín—. Eso no tiene nada que ver con lo que dijo Agustín.

—Entonces, ¿te mantendrás casto para la cruzada? ¿Cuánto durará?

Ricardo ladró una carcajada. Sus ojos eran tan intensos que incluso sus pupilas parecían azules.

—Ésta es la cruzada. Estamos dando paso al Reino de Jesús. ¿Hay algún motivo más elevado? Durará hasta que ganemos. Quizá dure toda nuestra vida.

Juana esperaba que no.

—Esta nueva castidad tuya... ¿Es por eso por lo que hiciste esa confesión en Mesina? ¿Casi desnudo en la plaza pública, frente a toda Sicilia? ¿Sabes lo que dijo madre sobre eso?





Ricardo le sonrió. Parecía complacido. Adoraba horrorizar a su madre.

—Madre me lo dijo, aunque no recuerdo que se pusiera tan nerviosa cuando padre se hizo azotar por asesinar al arzobispo. Y le dije que lo hacía para limpiar mi alma para la tarea que estaba por venir. Y desde entonces...

—Como si la gente no supiera ya que tienes la moral de un macho cabrío.

Ricardo se sentó junto a ella en el sofá.

—Y desde entonces no he tocado una sola nalga blanca, ni he presionado mis labios contra otros, dulces y suaves... —Comenzó a cantar un poco, en las últimas palabras, parte de una vieja canción, sosteniendo en sus manos un laúd invisible.

—¿De hombre o de mujer? —le preguntó Juana.

—Ni de hombre, ni de mujer, ni de niño, niña o cabra. —Ricardo dejó de sonreír abruptamente—. Ésta es mi ofrenda a Dios, Juana. Yo mismo, libre de pecado, para llevar a cabo su más gloriosa e importante obra.

Juana se dio cuenta de que hablaba en serio, de que aquella no era solo la fachada decente que se ponía cuando le venía bien. Descubrió entonces que la segunda de las órdenes de su madre sería incluso más difícil de lo que había esperado.

«Consigue que se case. Consigue que vuelva a casa, donde está su deber real».

—Cristo vendrá cuando seamos dignos de ello.

—Sí, pero deberías tener un heredero —le contestó Juana—. ¿Y si te ocurriera algo? ¿Y si pasaras el resto de tu vida aquí?

Se quedó sin argumentos: incluso ella se daba cuenta de que, contra el aliciente del Rey Jesús, un bebé no era nada.

—Me ocuparé de eso en su momento. Y ya hay un heredero. Está Juan. La familia se perpetuará. La cruzada es más importante que ninguna otra cosa, incluso que nosotros.

—Juan no es bueno. Ni siquiera a mí me gusta.

Se quedaron callados un momento. Juana suponía que esta-





ban pensando en el mismo hombre, y en lo que nunca se decía de él. Ricardo rompió el silencio.

—¿Quién nos casará?

—Evreux, por supuesto. Nada ostentoso.

—Bien. Dispón que se haga. Después me acostaré en la misma cama que ella. —Se incorporó. Su pie golpeó el arcón del tesoro de nuevo—. Necesitas mantenerte ocupada. Haz que terminen los preparativos en esta habitación para que pueda celebrar la corte aquí. Y pon esto en el lugar en el que debe estar.

Elevó la mano y los dos guardias apostados junto a las puertas las abrieron inmediatamente. Entonces, los hombres entraron en tropel, gritando y vitoreando a Ricardo, que ya estaba entre ellos con los brazos extendidos. Todos se congregaron, dándose palmaditas y golpes como suelen hacer los hombres al encontrarse, sobre todo después de una buena batalla.

Juana se giró, molesta. Por eso era por lo que la había llevado con él, para que se ocupara de los asuntos domésticos. Deseó ser un hombre para poder enseñarle cómo gobernar. Las damas la esperaban en el lado opuesto del salón, y Edythe, la chica nueva, estaba entre ellas. Eso la complacía. Le gustaba Edythe porque era sensata y competente, y porque hacía inmediatamente todo lo que le pedía. Se le daban bien las pociones y los tónicos, y la madre de Juana había dicho que tenía manos sanadoras. Si era una espía de su madre, al menos estarían trabajando con el mismo fin. Juana se reunió con ellas e informó a la princesa Berenguela de que pronto sería la reina de Inglaterra.

Berenguela levantó la mirada; su rostro brillaba de alivio.

—No, mí no importa. Qué noble. Es muy noble.

«Noble», pensó Edythe. Por lo que ella había visto, a Ricardo no le importaba aquella chica más que la silla en la que se sentaba, o el caballo que montaba, y todo el mundo sabía por qué no quería acostarse con ella. El aire de la cámara de la joven





princesa estaba viciado y hacía calor, pero aun así la chica estaba sentada envuelta en sus vestidos y chales.

—Entonces mañana seréis desposada, y os convertiréis en reina —le dijo Juana—. ¿Os gustaría?

—Oh, sí, mucho. —La chica le sonrió—. Entonces tendré mi propio palacio, y mi propia corte. Espero hacer mucho bueno entonces. —Bajó la voz e inclinó la cabeza, de modo que miraba a Juana de soslayo—. ¿Seré más importante en las recepciones que mi señora de Sicilia?

Juana resopló, sorprendida.

—Tendremos que encontrar un heraldo, y entonces veremos.

—Yo se lo pediré a mi señor —dijo Berenguela—. Pero tengo que prepararme.

—Lo haremos —dijo Juana—. Pero prestad atención a vuestras doncellas. La boda es mañana.

—Sí, mi señora.

—Es una remilgada. Él nunca la amará —dijo Juana, mientras se marchaban. Su voz estaba cargada de ira.

—Él no le importa demasiado —dijo Edythe. Había un cruel equilibrio en todo aquello. Siguió a Juana por la puerta.

Berenguela había llevado un vestido para casarse con él, pero durante las tormentas en el mar el baúl se había empapado y ahora la apelmazada tela tenía un aspecto y un olor horrible. Juana le dio otro vestido, y todas las mujeres pasaron la noche metiéndole en las costuras y elevando el dobladillo, recortando los bordados dorados y las joyas del vestido estropeado y cosiéndolas en el nuevo. Por la mañana, bostezando, Juana observó cómo las damas de la princesa navarra la vestían, y sonrió.

—Estáis muy elegante.

Los labios de Berenguela se movieron sin emitir sonido alguno. Tenía los ojos desencajados por el miedo. Las mujeres se movían a su alrededor, cepillando, punteando y alisando, y la chica levantó la mirada para posarla en Juana.





—Gracias.

Juana siguió sonriendo. Comenzaba a ver aquello como una venganza adecuada.

—¿Gracias por qué? Vamos, vuestro prometido os espera.

Pensó durante un segundo que tendrían que cargar con la chica, pero entonces ésta se movió rígidamente hacia la puerta. El resto de mujeres la rodearon y fueron a la capilla. El día antes, una flota de Tierra Santa había traído a algunos de los señores cristianos para ver a Ricardo, y por eso el lugar estaba abarrotado de espectadores. Cuando vieron a la mujer comenzaron a aclamarla y a agitar los brazos y, mientras Berenguela caminaba con dificultad junto a ellos, le lanzaron flores, de modo que parecía estar atravesando un río de pétalos de rosa.

Dentro, junto al altar, la esperaba Ricardo, con la luz de las velas brillando en su corona dorada y en su pálido y largo cabello. El obispo de Evreux estaba junto a él. Juana se apartó a un lado y Berenguela entró pausadamente en el haz de luz de las velas; incluso desde allí podía ver cómo temblaba, la pequeña idiota.

La reina de Sicilia recorrió la capilla con la vista, sus muros y columnas cuadradas enlucidas con iconos al estilo griego. A su alrededor estaban sus propias damas, y la corte de Ricardo, pero tras ellos estaba la multitud de desconocidos recién llegados. Los examinó con curiosidad; se suponía que el rey de Jerusalén estaba entre ellos, y se preguntaba cuál de aquellos elegantes hombres sería. Había escuchado un montón de rumores sobre el rey de Jerusalén, a pesar de que aquella ciudad estaba tan lejos de Sicilia. Entonces el obispo de Evreux comenzó a hablar, y Juana se giró.

Berenguela estaba rígida, con el rostro tan blanco como la sal. Cuando Ricardo tomó su mano para colocarle el anillo, se sobresaltó tanto como si la hubiera golpeado. Ricardo no pareció darse cuenta, pues toda su atención estaba puesta en hacer encajar el anillo en su dedo.

En ningún momento elevó los ojos hasta el rostro de la





chica. Ella no le importaba nada. Juana se descubrió sonriendo. El sacerdote dijo unas palabras, y todos los asistentes replicaron y se santiguaron.

Entonces Berenguela se arrodilló ante su nuevo marido, con las manos unidas como si estuviera rezando; él le colocó una corona de oro en la cabeza y dijo algo en francés, y ella se convirtió en la reina de Inglaterra.

Berenguela movió los labios y cerró los ojos. Ricardo retrocedió y, por un momento, la joven se mantuvo allí, arrodillada, inclinada hacia delante, como si el peso de la corona la obligara a ello. A continuación, se estremeció y se enderezó, elevó la cabeza y abrió los ojos.

Juana sintió una repentina punzada de simpatía por aquella chica. Ella misma se había casado con un hombre al que había conocido ante el altar. Se recordó a sí misma que aquello había salido bastante bien, y pensó que debería ser más amable con su nueva cuñada. Se arrodilló con los demás y oró por la larga vida y los muchos hijos del rey y la reina de Inglaterra.

El convite comenzó a mediodía y se desarrolló rápidamente, como la misma ceremonia. El rey y su nueva reina aparecieron en el salón un momento para que todos los asistentes pudieran verlos. Mientras recibían reverencias y felicitaciones, Edythe atravesó el patio hasta la cámara real para preparar la cama de la nueva reina.

Berenguela llegó casi al mismo tiempo. Con el resto de damas, Edythe ayudó a la chica a ponerse un largo camisón blanco. La sentaron en la enorme cama abierta y le cepillaron el cabello. La chica estaba rígida, con los ojos fijos y los labios presionados, como si se enfrentara a algún calvario. Esparcieron flores a su alrededor y Edythe le colocó un capullo de rosa blanco en el pelo. Pero la nueva reina tenía el cabello claro y poco abundante, así que Edythe salió al jardín y cogió una rosa roja para ponerla en su lugar.

El rey entró con quince personas pegadas a los talones. Edy-





the se hizo a un lado, colocándose en un lugar que estaba fuera de su vista, pero desde donde podía observar. Ricardo saludó a Berenguela con una apropiada reverencia y las palabras adecuadas, y se sentó en la cama para permitir que un escudero le quitara las botas. Después de eso, se tumbó sobre su espalda junto a su nueva esposa, y rozó con sus pies desnudos los de ella. Inmediatamente después, se levantó, hizo una reverencia y se marchó.

Edythe dejó escapar un suspiro. Todos los demás siguieron a Ricardo, excepto ella y las dos ancianas navarras que servían a la nueva reina. Berenguela se incorporó y el capullo de rosa cayó, ignorado, sobre las sábanas. Sus damas la rodearon. Edythe se acercó y la besó. Las mujeres navarras se ocuparían de la joven reina; ella quería volver al festín.

—Dios os bendiga, mi señora.

Berenguela la miró con el rostro aliviado, rodeada de una inmaculada espuma blanca de encajes y seda.

—¿Cuándo voy a tener el bebé?

Edythe se atragantó un poco y miró a las otras dos mujeres, atrincheradas tras su propio lenguaje, que le devolvieron la mirada.

—Después de la cruzada —respondió, dio una palmadita a la mano de Berenguela, y se marchó.

Atravesó el espacio abierto hasta el salón, donde Juana, con el resto de damas, estaba sentada masticando las sabrosas carnes. El gran salón era magnífico. Juana lo había adornado con los estandartes de seda y las alfombras que obtuvieron en el saqueo del campamento de Isaac, así que parecía casi una carpa, con las sedas ondeando suave y continuamente con las corrientes de aire. A su alrededor, la debilitada luz del sol se derramaba a través de la abertura en el centro del techo para resplandecer en el suelo. Junto a los muros, en la hornacina vacía de los bancos de piedra, recientemente suavizados con los cojines y pañuelos de Isaac, se sentaban los señores de Ricardo y los importantes hombres de Tierra Santa que acababan de llegar.





Edythe se acercó a Juana, que estaba sentada en un banco cuyas patas tenían la forma de las zarpas curvadas de un león, y la reina le sonrió y la cogió de la muñeca.

—Sentaos. Habéis llevado todo esto muy bien, me habéis complacido.

El rubor calentó la garganta de Edythe. Se sentó con las manos en el regazo. Aquel era su lugar, y debía alegrarse por ello. Aun así, algo la corroía. Levantó los ojos hacia la corte, hacia la amplia y vibrante explosión de sedas y joyas a su alrededor, deseando pertenecer a ella.

